

---

## IN MEMORIAM

### **FRANCISCO HERNANDEZ-PACHECO Y DE LA CUESTA**

Manuel Alía Medina

Pocos días hace que fuera leído, en esta Real Academia, el discurso que, como contestación al de mi ingreso, había sido escrito por el ilustre Académico D. Francisco Hernández-Pacheco y de la Cuesta. Y como si de una simple pausa se tratase, a las sinceras manifestaciones de cariño y de agradecimiento que entonces hice, debo seguir ahora con otras expresiones, igualmente sinceras, pero de carácter bien diferente. Porque se refieren, en este caso, a las del verdadero dolor motivado por el reciente fallecimiento, el pasado día 7 de este mes de diciembre de 1976, de quien fue para mí, como para tantos otros, tan querido como admirado maestro. No es esta ocasión para expresar mis personales sentimientos, pero el simple relato de alguno de sus muchos méritos, y de determinados aspectos de su vida, servirá de motivo suficiente para hacernos cargo de la gran pérdida sufrida.

Nació D. Francisco en Valladolid, el 16 de febrero de 1899. En Madrid realizó sus estudios de Bachillerato y los de la carrera de Ciencias Naturales, en la que se licenció con la máxima calificación. El título de Doctor lo obtuvo en el año 1929. Después de desempeñar diversos cargos docentes en la Universidad de Madrid, obtuvo por oposición, en el año 1933, la Cátedra de Geografía Física de la Facultad de Ciencias de dicha Universidad, puesto que habría de ocupar hasta su jubilación. Fue también Profesor Adjunto de Geología en la Escuela Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. A lo largo de tantos años de sabia docencia, se formaron en sus enseñanzas gran número de estudiosos y de distinguidos profesionales.

Su completa dedicación y gran capacidad de trabajo le permitieron atender variados cargos, relacionados siempre con la especiali-

dad y profesión por la que tanto entusiasmo tenía. Fue así Jefe de Sección, primero, Secretario, después, y Director, finalmente, del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Particular dedicación y cariño tuvo igualmente para la Real Sociedad Española de Historia Natural, de la que fue uno de sus principales mantenedores y en la que también ocupó los cargos de Presidente, en el año 1949, y de Secretario General, siendo nombrado, finalmente, Presidente de Honor de la misma. En el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fue Consejero de Número del Patronato «Diego de Saavedra Fajardo» y Director del Instituto de Investigaciones Geológicas «Lucas Mallada». En este Centro se publicó recientemente, en diciembre de 1975, un tomo especial, en su homenaje, en el que colaboraron buen número de sus discípulos y compañeros.

Su amplia labor investigadora, aunque variada por su temática, tuvo, sin embargo, un común exponente. El de referirse siempre a cuestiones y a hechos observados y tomados directamente de la naturaleza, del amplio solar patrio, al que tanto quería y al que tan bien conocía. Y esta tan definidora condición en sus trabajos se dedujo, no solamente de sus mismas tendencias vocacionales, sino también de la concurrencia de otras especiales circunstancias. De una parte, de su gran resistencia y cualidades físicas, que le permitieron afrontar los duros recorridos y las difíciles ascensiones: Bástenos recordar que fue uno de los pioneros del alpinismo en España, y que llegó a ser nombrado Presidente de la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara. El otro gran factor fue el de haber tenido, como su principal maestro, a un geólogo tan eminente como lo fue su padre, D. Eduardo, persona que, a su sabiduría en los temas geológicos, unía también la de su gran capacidad y entusiasmo por los reconocimientos y estudios directos sobre el terreno. Pudo así don Francisco iniciarse en aquellas arduas tareas, desde muy temprana edad, guiado por mano tan experta como la de su padre, al que tanto admiraba como quería.

Sus reconocimientos y estudios, que se extendieron por todas las provincias españolas, alcanzaron también a los territorios africanos y así realizó diversas expediciones a los denominados entonces de Ifni, Río Muni, Fernando Poo y del Sahara Español, donde juntamente con su padre, inició ciertamente la época moderna de las investigaciones geológicas en aquellos territorios. Uno de sus últimos viajes de estudio lo efectuó a la isla de Alborán, que no conocía.



† Excmo. Sr. D. Francisco Hernández-Pacheco y de la Cuesta.

A su regreso, era de ver el juvenil entusiasmo con el que contaba y comentaba todo lo que entonces había podido ver e interpretar. Y sólo le separaba un año, aproximadamente, de la fecha de su jubilación.

Como reconocimiento a sus numerosos y valiosos trabajos y publicaciones le fueron otorgadas diversas distinciones y nombramientos: Comendador de las Ordenes de Instrucción Pública de Portugal, de la de Medahuia, de la de Africa y de la de Cisneros. Miembro correspondiente de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, y del Instituto Nacional de Investigaciones Geográficas de la República del Uruguay. Miembro honorario de la Sociedad Panameña de Ingenieros y Arquitectos y Socio correspondiente por el Council of the American Geographical Society. En 1949 fue nombrado Académico numerario de la Real de Farmacia y en 1958, también numerario de esta de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Como síntesis de todo lo dicho y final de lo expuesto, creo que deberíamos decir que D. Francisco Hernández-Pacheco poseía muchas y muy elevadas cualidades, tanto en lo profesional como en lo humano; entre las que quizás cabría destacar su gran amor, o mejor, su gran pasión, por la especialidad geológica a la que vino dedicándose, ininterrumpidamente, desde su más temprana juventud. Fue por ello por lo que sus largas jornadas de trabajo las dedicaba, plenamente, y las repartía, con exclusividad, entre la labor docente y la de investigación. No resultaba extraordinario, para quienes le conocíamos y tratábamos, encontrarle, todavía en las primeras horas de la noche, en su tranquilo despacho del Museo de Ciencias Naturales, trabajando, incansable, en el análisis de los recientes datos obtenidos, o en el levantamiento de su último plano geológico. Y cuando las circunstancias se lo permitían, en sus mismos períodos de vacaciones, la mejor posibilidad para su encuentro era en cualquier lugar del campo español. Constituía entonces una verdadera satisfacción el poder acompañarle, no sólo por lo mucho que de él se podía aprender en el orden de los conocimientos geográficos y geológicos, sino también y además, por sus muchas y sabias enseñanzas prácticas acerca del compañerismo, convivencia y superación de las dificultades. Como antes decíamos, su resistencia física era ciertamente admirable. Y fue esta misma resistencia, junto con sus excepcionales cualidades humanas las que, sin duda alguna, le per-

mitieron superar, calladamente y con tanta entereza, la difícil prueba a la que se vio sometido en sus últimos años. Porque, prácticamente y a raíz de su jubilación, cuando esperaba disponer de mayor tiempo para sus recorridos, una penosa y progresiva enfermedad le impidió cumplir con lo que tantas veces había soñado. Descanse ahora en paz nuestro querido y admirado maestro.

